

En el primer centenario del papa Benedicto XV (1903-1914) el papa de la paz *

Alfredo Verdoy, SJ

Director de *Razón y fe* y profesor de la Facultad de Teología en la Universidad Pontificia Comillas (Madrid)
E-mail: averdoy@teo.upcomillas.es

Recibido: 21 de julio de 2014
Aceptado: 24 de julio de 2014

RESUMEN: El papa Benedicto XV sigue siendo el más desconocido de los papas contemporáneos. La coyuntura en la que fue elegido y su misma trayectoria personal le obligaron, por una parte, a sufrir personalmente las consecuencias de la Gran Guerra y de la crisis modernista y, por otra, a intentar poner a la Iglesia universal al servicio de la paz, de la reconciliación y del progreso de los pueblos.

PALABRAS CLAVE: *il piccoletto*, Benedicto XV, Gran Guerra, la paz, *Nota del 1 de agosto de 1917*.

El próximo tres de septiembre se cumplirán cien años de la elección del papa Benedicto XV. El otrora denominado *il piccoletto* y el con el paso de los años el *Pilatos XV*, el *Papa Boche* y el *Papa francés*, salía, tras diez escrutinios, elegido papa. Treinta y ocho votos frente a los dieciocho conseguidos por el cardenal Serafini, le dieron la victoria. Era el tres de septiembre de 1914.

Il piccoletto no era otro que el genovés Giacomo della Chiesa, diplo-

mático de carrera, sacerdote de vocación y arzobispo desde 1907 de la diócesis de Bolonia y cardenal de la Iglesia católica dos meses antes del cónclave de 1914. Della Chiesa al adoptar el nombre de Benedicto, en este caso Benedicto XV, apostaba por una línea más cercana a la representada por el papa León XIII y su Secretario de estado, Rampolla, que por la entonces imperante, la encarnada por el papa san Pío X. Una línea más aperturista y más

* MIGUEL MOSTAZA, SJ, «Semblanza de Benedicto XV», *Razón y Fe*, tomo 62 (1922), 274-293; MEREIX, *Au sein des Commissions*, Paris 1924, 460 pp. UPCo 5162/57. Interesante para seguir el proceso de paz desde el punto de vista francés. F. LATOUR, *La Papauté et les problèmes de la paix pendant la Premier Guerre Mondiale*, Paris 1996, 350 pp; M. LAUNAY, *Benoît XV (1914-1922). Un pape pour la paix*, Paris 2014, 281 pp.

en consonancia con las necesidades y problemas que el mundo y la Iglesia sentían en los primeros años del siglo XX.

Su elección estuvo doblemente condicionada: por una parte, por la coyuntura interna por la que estaba pasando la vida de la Iglesia y, por otra, por el conflicto internacional que, desde finales de julio de ese mismo año, se vivía en Europa y por extensión en todo el mundo¹. Una guerra muy distinta a la que hasta entonces se habían librado en Europa, concitó su interés y orientó su ministerio.

Desconocemos la respuesta que el nuevo papa, el cardenal de Della Chiesa, se dio a sí mismo en el momento de su elección. Posiblemente, la palabra que brotase de su corazón e inundase su ánimo, fuese: paz. Paz en el interior de la Iglesia y paz en el mundo. La Iglesia católica, tras las dramáticas convulsiones causadas por la crisis modernista, necesitaba centrarse y reequilibrarse; la Iglesia, como madre de los católicos y como heredera de la tradición

cristiana, no estaba dispuesta a que se siguiese derramando más «sangre cristiana».

La paz, siempre la paz

La paz, pues, desde el mismo comienzo de su pontificado se convirtió en casi su único objetivo, en su obsesión, dirán sus contemporáneos. En su consecución, gastó su vida, su prestigio, su autoridad y hasta el patrimonio de la Santa Sede.

Su actuación fue tan rápida como decidida. Desde un principio, puso su autoridad moral al servicio de la paz. La paz justa se convirtió casi en su único sueño y objetivo. Otros objetivos, además de la paz, vertebraron su pontificado. Fueron estos: la pacificación interna, tras la crisis modernista, de la Iglesia, la revitalización de la vida cristiana y la organización de una nueva diplomacia y una mayor presencia de la Iglesia católica en un mundo muy distinto del de junio de 1914.

En este artículo, tal como hicieron nuestros predecesores a lo largo de muchas de las páginas de nuestra revista, ofreceremos una panorámica de su ministerio apostólico. Nos centraremos de manera eminente en su servicio por la causa de la paz, sin olvidar-

¹ Sobre la guerra y sobre la participación de los católicos: G. GUITTON, *Un preneur d'âmes: Louis Lenoir, Sj, aumônier des marsouins (1914-1917)*, Paris 1921, 545 pp en UPCo 2556/23 y del mismo autor: *Livre de Prières du Soldat Catholique*, Paris 1916, 233 pp en UPCo FE-177-1

nos de su política de *aggiornamento* en el campo de las misiones, de la cultura, de las relaciones diplomáticas y de su solicitud por todas las iglesias católicas y cristianas.

Si durante el pontificado de León XIII la Iglesia adoptó una perspectiva internacional, será durante el pontificado del papa Della Chiesa cuando la Iglesia, anticipándose a tiempos y problemas venideros, revalide su presencia y autoridad en el concierto internacional.

El documento más controvertido y, desde luego, el más determinante de cuantos Benedicto XV dirigiera a la opinión pública y sobre todo a los gobiernos de todas las naciones fue la *Nota del 1 de agosto de 1917*. Los redactores e impulsores de esta *Nota* fueron el cardenal Gasparri y el mismo Papa. Los dos actuaron a partes iguales; cada uno desde su posición. En esta *Nota*, el Papa, además de decantarse por una serie de medidas conducentes, de haber sido secundadas por los jefes de Estado, a la paz universal, se nos ofrecen los criterios de su actuación y de su política por la paz. Estos fueron tres: «perfecta imparcialidad con todos los beligerantes, exigida por nuestra condición de Padre de todos ellos; empeño continuo en hacer a todos el mayor bien que podamos, en todos los órdenes, sin distinción de naciona-

lidades ni aun religión, como nos lo dicta la universal ley de la caridad y el cargo espiritual que nos tiene encomendado Jesucristo; y, finalmente, un cuidado constante de procurar por todos los medios el fin de la guerra, induciendo a los pueblos y a sus gobernantes a entrar en deliberaciones para llegar a una paz justa y duradera».

La puesta en práctica del primer criterio hizo que la Santa Sede no condenase en firme a ninguna de las naciones contendientes: ni a los alemanes, primero, ni a los rusos, más adelante, ni tampoco a los que con el paso del tiempo y por muy diversos motivos, se lanzaron a la guerra, casos de Italia y los Estados Unidos. Su decidido y pertinaz comportamiento no lo entendieron ni los militares, ni la sufrida población civil, ni los políticos, ni, tampoco, sus fieles católicos y ni, mucho menos, sus sacerdotes y obispos. Leon Bloy, incapaz de comprender este delicado equilibrio del papa, le motejó como *Pilatos XV*; el cardenal Mercier se las tuvo más que tiesas con él y muchos otros eclesiásticos, con permiso de sus obispos y sin él, le desautorizaron desde los púlpitos y desde las tribunas de la prensa.

Críticas y enfrentamientos que no le impidieron gritar: que «mientras de una y otra parte formidables ejércitos pelean furiosamente, las naciones, las familias, los indivi-

duos sufren los dolores y miserias que, como triste cortejo, siguen a la guerra y que hacen que aumente sin medida, de día en día, el número de viudas y de huérfanos; se paralice, por interrupción de comunicaciones, el comercio; estén abandonados los campos, y suspendidas las artes; se encuentren en la estrechez los ricos, en la miseria los pobres; en el luto todos»².

La Santa Sede al servicio de la paz

La naturaleza de una nueva guerra, más violenta, destructiva, despiadada y sanguinaria que ninguna de sus precedentes, hizo que el Papa actuase con rapidez, energía y sentido práctico³. A los pocos meses de estallar la

guerra, viendo su mesa inundada de cartas llegadas de toda Europa en las que se le pedía actuase y se preocupase por los militares desaparecidos, por los prisioneros, por los muertos en campaña y más adelante por los niños, enfermos y ancianos, actuó con diligencia y acabó creando adjunto a la Secretaría de Estado un *Ufficio provvisorio per informazioni sui prigionieri di guerra*. Este negociado, dirigido por Federico Tedeschini –más tarde nuncio en España– y por el franciscano holandés Huysman, ocupó a más de doscientas personas. Muy pronto abrió centros de información en Paderborn, Friburgo de Suiza y Viena. Con el paso de los días se fue estructurando y conectando por medio de las nunciaturas, las delegaciones apostólicas, los vicariatos castrenses con la Cruz Roja internacional de todos los países contendientes y también con la de los países neutrales. Al final de la contienda, más de 100.000 familias italianas obtuvieron una información veraz de los suyos y en menor medida, aunque en menor medida, miles y miles de familias europeas pudieron seguir el rastro de sus hijos. Desde prácticamente el comienzo de la guerra, noviembre y diciembre de 1914, se permutaron miles y miles de prisioneros inhábiles para la guerra. En 1915, gracias a los es-

² Encíclica *Ad beatissimi apostolorum* (número 2), Roma, 1 de noviembre de 1914. Sensibilidad y texto muy en consonancia con la nueva historiografía sobre la Gran Guerra tal como puede percibirse en la ya clásica obra de S. AUDOIN-ROUZEAU y A. BECLER, *14-18, retrouver la Guerre*, Paris 2000, 393 pp.

³ G. JARLOT, *La Iglesia ante el progreso social y político*, Península, Barcelona 1967, 307-381; M. FERRO, *La Gran Guerra (1914-1970)*, Madrid 1984; M. MAZOWER, *La Europa negra: desde la Gran Guerra hasta la caída del comunismo*, Barcelona 2001; R. VINEN, *Europa en fragmentos. Historia del viejo continente en el siglo XX*, Península, Barcelona 2002.

fuerzas del Papa, volvieron a su patria, especialmente desde Alemania, miles de mujeres, niños menores de diez años y jóvenes de diecisiete, varones mayores de cincuenta, médicos y eclesiásticos. En 1915, logró que el gobierno suizo admitiese y curase en su territorio nacional, pagándole una retribución estipulada, a heridos y enfermos caídos en los frentes de Francia y Alemania. Finalmente, miles de prisioneros enfermos y tuberculosos, muchos procedentes de los campos de concentración de Centroeuropa, volvieron a sus casas, llenando los llamados *trenes del Papa*.

Dicha labor humanitaria fue completada con el envío en misión apostólica y caritativa de miles y miles de sacerdotes y religiosos, los abnegados y populares capellanes militares. Éstos actuaron, vivieron, sufrieron y murieron como sus compañeros militares y soldados. No temieron exponer su vida y arrastrarse por las trincheras y por el barro de los campos de batalla. Su testimonio cristiano, su caridad universal, su valentía y arrojo, su humor, su dedicación y su abnegación, fueron motivo de admiración y reconciliación entre los contendientes. Su sangre aseguró la paz

y generó lazos de unión entre la Iglesia y el mundo⁴.

Benedicto XV y con él la Santa Sede, conscientes de la pobreza y de la indigencia en la que vivían especialmente los más jóvenes y los más ancianos, los eternamente castigados por las guerras, vaciaron en auxilios materiales y en limosnas sus arcas y administraron con generosidad cuanto dinero les llegaba procedente de toda la Iglesia universal. Bélgica y los belgas fueron los auxiliados durante los dos primeros años, después, años 1915 y 1916, los franceses, alemanes, italianos, austriacos y cuando a comienzos de 1917 estalló la Revolución bolchevique, los rusos, polacos, húngaros, rumanos, bielorrusos y, por encima de todos, los ucranianos. Finalmente, estas ayudas alcanzaron a los pueblos que hasta entonces habían formado el Imperio Otomano; es decir, musulmanes, israelitas, griegos y

⁴ Sobre la guerra y sobre la participación de los católicos: G. GUITTON, *Un preneur d'âmes: Louis Lenoir, Sj, aumônier des marsouins (1914-1917)*, Paris 1921, 545; y del mismo autor: *Livre de Prières du Soldat Catholique*, Paris 1916, 233 pp; J. F. GALLINIER-PALLEROLA, *La résignation dans la culture catholique en France (1870-1945)*, Paris 2007, especialmente 86-90. UPCo 1748/258; M.-C. FLAGEAT, *Les jésuites français dans la Grande Guerre. Temoins, victimes, héros, apôtres*, Paris 2008, 597 pp.

protestantes. En reconocimiento de tanta caridad y esfuerzo, la ciudad de Constantinopla acabó erigiendo una estatua en honor del papa de los católicos, Benedicto XV.

Al mismo tiempo, como líder espiritual que era, casi desde el principio de su pontificado, organizó jornadas de oración por la paz; la primera fue el 7 de febrero de 1915 en Europa y el 21 de marzo en el resto del mundo. Compuso una devota y sentida oración por la paz que quiso se rezara durante todo el año, pero especialmente en el mes de mayo. El 16 de noviembre de 1915 sumó una jaculatoria más a las letanías lauretanas: *Regina Pacis, ora pro nobis*. Permitió que todos los sacerdotes pudiesen celebrar tres misas el día 2 de noviembre en sufragio por los soldados caídos. Rogó a todos los sacerdotes del mundo aplicasen las misas que iban celebrar el 1 de diciembre de 1918 para encomendar el auxilio divino sobre el Congreso de Paz reunido en París.

Exhortaciones por la paz

Como pastor y padre de los creyentes, prodigó sus exhortaciones desde el comienzo mismo de su pontificado y puso toda su autoridad moral y espiritual y la de la

Santa Sede al servicio de la paz. En su primera Exhortación apostólica, la *Ubi primum*, (8 de septiembre de 1914), anunciaba que haría cuanto estuviese en sus manos para alejar del pueblo cristiano y del mundo el flagelo de la guerra. Consciente de sus limitadas fuerzas y como anticipándose a las dificultades que en su servicio a la humanidad le vendrían, instaba a los que regían la suerte de los pueblos a deponer sus deseos y aspiraciones nacionales al servicio de la sociedad humana. «Basta la ruina ya causada, basta la sangre humana ya derramada para que los gobiernos afronten decididamente la paz y se den la mano». El Dios de la paz les recompensará y todos y cada uno de ellos se trasformarán «en bienhechores de la convivencia civil de los hombres»; con lo que nuestro ministerio será más ligero y agradable.

Sin embargo, ni el sinuoso curso de la guerra ni las cambiantes circunstancias de la política internacional se lo pusieron fácil. Su pretensión de imparcialidad, hizo que tanto los pueblos como los gobiernos beligerantes no oyesen con agrado sus exhortaciones. Amén de las muchas cartas dirigidas a los altos eclesiásticos de los países contendientes, Benedicto XV, antes de la publicación de su famosa *Nota* del 1 de agosto

de 1917, se dirigió a los gobiernos del mundo entero en las siguientes fechas: 8 de septiembre y 6 de diciembre de 1914; 25 de mayo, 28 de julio y 6 de diciembre de 1915; 4 de marzo y 30 de julio de 1916; 10 de enero y 5 de mayo de 1917. Exhortaciones, enmarcadas por dos importantes encíclicas: la *Ad beatissimi apostolorum* (1 de noviembre de 1914) y la *Pacem Dei munus* (23 de mayo de 1920). Exhortaciones y encíclicas, en las que se transparenta su dolor de un Padre común de todos los cristianos y en las que se ponen las bases de una paz justa, universal y duradera. Una paz en la que no haya ni vencedores ni vencidos; una paz en la que todas las partes contendientes deben renunciar a lo que con la guerra han conseguido y que pasa, finalmente, por acciones muy concretas: desarme simultáneo de los ejércitos de mar y tierra, arbitraje obligatorio con sus consiguientes sanciones internacionales para los Estados que no se adviniesen a los tribunales internacionales constituidos *ad casum*, libertad de los mares, condonación y compensación económica de los daños sufridos por la guerra, restitución de los territorios ocupados y arreglos generosos con aquellos países que sigan reclamando la ampliación de sus fronteras o el nacimiento de nuevas nacionalidades.

Todas estas exhortaciones, que solo a la larga serían tenidas en cuenta, no fueron escuchadas. Razón por la cual la Santa Sede, tras la *Nota*, calló hasta la publicación de la *Pacem Dei munus* (1920). Un texto en el que el dolor del papa, tras la firma de los tratados de Versalles y de Sevres y la creación de la Sociedad de Naciones, se hace manifiesto. En su opinión, la paz alcanzada ni era justa, ni universal ni iba a ser duradera.

Sin olvidarse del gobierno de la Iglesia Universal

Decíamos al comienzo de este artículo que la elección del cardenal de Bolonia al solio pontificio estuvo bastante condicionada por la coyuntura interna que estaba pasando la Iglesia católica. La crisis modernista, no cabe duda, pesó en su elección. La Iglesia necesitaba un Papa que conociese al mismo tiempo los entresijos de la Curia y de la administración romana así como las graves consecuencias que para el quehacer teológico, la disciplina eclesiástica, la cultura y la misma vida cristiana suponía el modernismo. En este sentido, Benedicto XV, ya en su programática encíclica *Ad beatissimi* (1914) advirtió que no estaba dispuesto a que la división interna de la Iglesia acabase convirtiéndose en un

problema irresoluble y que por lo tanto actuaría con inteligencia y si fuera necesario con contundencia. Eso es lo que hizo. Suprimió el *Sodalitium Pianum*, depuso a su múnidor, el obispo Benigni, y pidió a la opinión pública de la Iglesia que en aras de la paz dejaran de incendiar y de enfrentar a particulares e instituciones eclesiásticas. Sin embargo, la publicación de su encíclica *Spiritus Paraclitus* (1920) en la que, aprovechando el décimo quinto aniversario de la muerte de san Jerónimo, se volvía sobre la relevancia de la *Biblia* en la vida de los católicos, significó un jarro de agua fría para quienes esperaban un texto más en consonancia con la *Providentissimus Deus* de León XIII (1894). Para muchos especialistas, la *Spiritus Paraclitus* frenó la exégesis católica, consolidó una lectura un tanto fundamentalista de la *Biblia* y no afrontó las críticas de los modernistas al modo católico de hacer exégesis.

Igualmente, en continuidad con los deseos de su predecesor Pío X, Benedicto XV culminó la revisión del Derecho de la Iglesia. La publicación de la Constitución *Providentissima Mater Ecclesia* (1917) y la aprobación del *Codex Juris Canonici*, justo en tiempos en los que la Iglesia y el mundo comenzaban la globalización, supusieron el que la Iglesia católica muy de acuerdo

con el contenido de la constitución *Pastor Aeternus* del Vaticano I y con una práctica muy centralista, pero al mismo tiempo posibilista y realista del gobierno central de la Iglesia, saltase por encima de instituciones eclesiásticas cuyos privilegios y rémoras impedían un gobierno más unánime, claro, positivo y universal de la Iglesia católica.

Asegurados o, al menos, reconducidos algunos problemas y divisiones internas de la Iglesia, unificados los criterios de su actuación interna y externa, la Iglesia católica durante el breve pontificado del papa Della Chiesa se hizo más universal y reorientó con fruto las bases de su nueva diplomacia.

El curso de la guerra y el previsible empeoramiento que para los cristianos orientales iba a suponer el nuevo reordenamiento del Imperio Otomano, hizo que Roma se preocupase, ya lo había hecho en tiempos del papa León XIII, por el presente y sobre todo por el futuro de los católicos orientales. Seis millones y medio de católicos orientales con jerarquía y ritos propios y ciento veinticinco millones de cristianos ortodoxos fueron objeto de la predilección de Roma. Fruto de todo ello fue la creación, desvinculándola de Propaganda, de una nueva Congregación: la Congregación de la Iglesia Oriental

(1917). El Papa, dada la importancia de esta nueva Congregación, se reservó, como acontecía en las principales Congregaciones, su Prefectura y dirección. Esta nueva Congregación tuvo, además, un corolario práctico y de mucho futuro: el Instituto Pontificio de Estudios Orientales. Un centro superior de estudios universitarios al que fueron invitados y becados clérigos orientales: un centro que acabó especializándose en la enseñanza de las lenguas antiguas y modernas del Oriente y en su liturgia. Anticipación de la inculturación y del *aggiornamento* de los nuevos tiempos.

De mucho más alcance fue la publicación de la encíclica *Maximum illud* (1919), la llamada Carta Magna de las Misiones. Clave en su redacción fue el trabajo de los cardenales Serafini y Van Rossum, prefectos de Propaganda. La movilización militar de miles de jóvenes misioneros, el vacío dejado en los campos de misión, las divisiones políticas vividas en tierras de misión como prolongación de la guerra, el marchamo cultural y hasta político que una excesiva dependencia de las grandes colonias provocaba en las tierras de misión haciéndolas más iglesias nacionales que locales y el grito de los lazaristas belgas, Lebbe y Cotta, en las misiones de la China,

hicieron que la Iglesia católica, aprovechando la coyuntura internacional, reorientase el rumbo de sus misiones. Previamente como preparación de la encíclica se hizo pública una memoria escrita por Cotta, dirigida a principios de 1917 al cardenal Serafini, en la que denunciaba que las misiones se habían convertido en «colonias espirituales»; colonias dependientes en todo de los países extranjeros. La Iglesia de China, sin ir más lejos, antes que china era europea. Era, pues, urgente, concluía, crear un clero indígena y un episcopado local.

Finalmente, el 30 de noviembre de 1919 se publicaba la *Maximum illud*. En su segunda parte, se denunciaba, sin ambages alguno, la tendencia a identificar misiones con colonias y a confundir los intereses de éstas con los de aquéllas. Mixtificación calificada como peste horrible. Se abogaba, en consecuencia, por respetar la cultura del país en misión, por el conocimiento y aprendizaje de sus lenguas, por la asunción de su cultura, por el fomento y la mejor formación de las vocaciones autóctonas y, sobre todo, por la promoción de sus sacerdotes al gobierno de sus iglesias. «El misionero, se afirmaba, era enviado por Cristo, no por su patria».

No fue nada fácil llevar adelante estos objetivos. Muchos misioneros consideraban a los nuevos convertidos como cristianos de segunda e imperfectos; desconfianza que se extendía a los sacerdotes y consagrados autóctonos. En la India, cuando los jesuitas se marcharon un tanto despechados de la costa de la Pesquería, se creó en 1921 la diócesis de Tuticorin y se nombró al primer obispo, un parava, el padre Roche. En la China, los misioneros franceses no entendieron la indigenización de la Iglesia y estorbaron cuanto pudieron la ordenación episcopal de algunos sacerdotes chinos. Consideraban que la ordenación de obispos chinos llevaría a la Iglesia china al cisma. Sin embargo, las conclusiones del obispo Guébriant, enviado a China en visita apostólica, no pudieron ser más claras: era necesario darle a la misión un rostro verdaderamente chino, lo que suponía confiar su dirección al clero local; además era necesario que las nuevas iglesias debían construirse siguiendo la arquitectura local.

Poco después, en 1919 se crearon nuevos vicariatos apostólicos en Japón; en 1920 se abrió un seminario en isla Mauricio y un gran colegio en Malasia. En China se estableció el seminario regional de Ta t'ung. En 1920 fueron beatifica-

dos dos grupos de mártires cristianos nacidos lejos de Europa: los mártires de Uganda sacrificados en 1886 y los mártires de la Revolución de los Boxer de comienzos del siglo XX en la China⁵. El catolicismo, mientras tanto, crecía en la India, en el Congo, en Ruanda y hasta en el Japón, a donde a petición del mismo gobierno fue enviado el primer delegado apostólico, el italiano Fumasoni-Biondi.

Paralelamente a la reconstrucción de las misiones exteriores, la Iglesia, una vez concluido el proceso de paz, reconfiguró su propio sistema diplomático y su presencia tanto en los países de vieja tradición católica como en las nuevas naciones salidas de los tratados de Versalles y Sevres. En lo que respecta a Francia, tras el consiguiendo parón de la condena de la *Action française* y el inteligente arreglo en favor de los intereses católicos de las comunidades católicas de las anexionadas Lorena y Alsacia, el ejemplar comportamiento de los miles de capellanes en los campos de batalla, el esencial papel del catolicismo en la difícil coyuntura de la guerra y el deseo de muchos políticos, incluso de izquierdas, por mejorar las relaciones de la

⁵ J. METZLER, *La Santa Sede e le missioni. La politica missionaria della Chiesa nei secoli XIX e XX*, San Paolo 2002, 138 pp.

nación francesa con Roma, hicieron que las posiciones entre París y Roma se aproximasen. Finalmente, la canonización en mayo de 1920 de Juana de Arco, acabó restañando las heridas de la separación de la Iglesia y el Estado. El diputado Charles Jonnart, con la aprobación del Parlamento, fue nombrado embajador ante la Santa Sede y del obispo Bonaventura Cerretti fue aceptado como nuncio en Francia. Cuatro años más tarde, Pío XI publicaba el 18 de enero de 1924 la encíclica *Maximam gravissimamque* por la que se arreglaban los problemas del culto y de las asociaciones, comenzando el segundo *raillement* francés.

En lo tocante a la Alemania de la República de Weimar, Roma tuvo que empezar prácticamente de nuevo. La nueva situación anulaba tratados anteriores y exigía la creación de otros nuevos. La nueva *Constitución*, aprobada el 11 de agosto de 1919, reconocía la desaparición de las Iglesias confesionales o Iglesias del Estado y la definición de las mismas como corporaciones de derecho público. Así las cosas, Roma trató de llegar a la firma de nuevos concordatos con los nuevos estados, ahora federales, de Alemania. Algo parecido ocurrió con Austria. Austria dejaba de ser un imperio para ser una república. «La Iglesia lo mis-

mo que se adapta a las diversas formas de gobierno, admite de la misma manera y sin dificultad los cambios políticos y territoriales de los pueblos», le escribía en 1921 el Papa a su Secretario de estado, Gasparri. Lo que en el caso austriaco supuso la publicación de un nuevo concordato, el anterior era el de 1855, y el nombramiento como embajador ante la Santa Sede del historiador L. Pastor. En Checoslovaquia, la liquidación del Imperio de los Austrias, despertó junto con el nacionalismo el deseo de crear una iglesia nacional. Estos y otros peligros fueron conjurados con nombramientos de obispos hábiles y capaces y con pequeñas concesiones litúrgicas y santorales. En el nuevo Reino de los Servios, Croatas y Eslovenos, en el que los ortodoxos eran mayoría frente a los católicos, se abrieron negociaciones diplomáticas. Algo parecido sucedió en Rumanía y en Hungría; sin llegar a la apertura de una nunciatura. En Polonia, independiente por primera vez, se abrió una nunciatura, ocupada por el que sería su sucesor, el antiguo Prefecto de la Biblioteca Vaticana, Achilles Ratti. Al final del pontificado de Benedicto XV, el Vaticano tenía abiertas a lo largo de todo el mundo veintiocho delegaciones diplomáticas. El aislamiento diplomático del Vaticano, iniciado durante el pontificado anterior y

agravado durante la guerra, pertenecía al pasado.

Finalmente, en clara continuidad con la proyección del catolicismo, entendido y vivido como matriz, referencia y ámbito de la cultura que según la Iglesia necesitaba el mundo de comienzos del siglo XX, algo que en lo que sus maestros León XIII y Rampolla se mostraron superiores a todos sus antecesores, Benedicto XV intentó, al menos en tres ocasiones, refrendar el catolicismo como fuente de inspiración de la cultura, modelo solidaridad y camino de la paz. Lo hizo por medio de tres en-

cíclicas: en la *In praeclara* (1921), publicada con ocasión del sexto centenario de la muerte del poeta Dante Alighieri, trata de orientar la vida del cristiano en el mundo según los cánones y el espíritu de la *Divina Comedia*; en la *Annus iam plenus* (1920), vuelve a insistir en la práctica de la caridad y liberalidad cristianas como caminos seguros para conseguir la solidaridad entre los hombres y con ella el perdón; finalmente, en la *Pacem Dei munus* (1920), vuelve a insistir sobre los verdaderos fundamentos de una paz, justa, duradera y universal. ■